

VENGO DE LA VIDA

No cierres las ventanas de tu alma,
dame vidrios que viven de luceros
aunque estén empañados por la lluvia
de ese pájaro rojo
que gorjea sentimiento.

Tú que miras cristal en mi presencia,
¿no ves turbio mi espejo?
Vengo desde la vida,
soy de su rueda fría
un pedazo de hierro.

¡Qué triste ser de carne
teniendo lunas dentro!

No dejes en la noche
que ondula mi cabello,
un jazmín o caricia
con tus dedos.
Calla el pájaro rojo,
que no vibre tristeza
por tu pecho.

Soy hierro siendo luna,
espejo siendo cieno,
soy luna que refleja
la rosa en sus anhelos,
las gasas libertadas
en el azul silencio.

Déjame solo... ¡Solo!...
Con el sonido ausente
en nácares de ensueño;
con escuchas del Alba
sin plumas en los dedos,
con armarios de luna
nostálgicos de espejos...

¡Qué triste ser de carne
teniendo lunas dentro!

Badajoz, Abril, 1949.

MANUEL PACHECO

VISPERAS DE BODA

(CUENTO)

POR ANDRÉS CALDERÓN RODRÍGUEZ

I

TRAS algunas vacilaciones, naturales ante una determinación de tanta trascendencia, estaba decidido a casarme.

Estoy convencido de que, a partir de determinado momento en la vida, el estado natural del hombre es el de casado. Y todos los síntomas denotaban que para mí había llegado ya ese momento, pasado el cual se entra en la categoría de solterón.

Tenía treinta años cumplidos; si bien la edad en estos casos suele ser lo de menos. Lo principal es que, por todos conceptos, yo había culminado la curva. Estaba cansado de hoteles y pensiones; mi vida, bastante nómada, estaba saturada de locuras de juventud, y ya me apetecía la tranquilidad del hogar, junto a una mujer bonita y buena, que sonriera con dulzura cuando me viera triste, me diera algunos hijos, sin los que no concebía el matrimonio, y me pusiera las zapatillas cuando llegara fatigado a casa.

Afortunadamente contaba con esa mujer, dechado de bondad y de belleza.

La iniciación y desarrollo de mi noviazgo con Marisa fueron de lo más vulgar que darse puede.

Marisa era vecina mía. Cuando estaba en casa, la veía casi a diario, porque solíamos coincidir en las horas de ir y regresar de la oficina. Un día, por casualidad o fatalismo, tal vez por esa habilidad de la mujer con «gancho», ocurrió lo que hasta entonces no ocurriría. Me fijé en ella y me gustó.

Indiscutiblemente era mi tipo. Tenía una estatura proporcionada a la mía, buen talle, su rostro de piel blanca y fina hacía un bello contraste con el marco de su cabellera de ébano, había en sus labios una fisiológica predisposición a la sonrisa y sus ojos, francamente bonitos, tenían el atractivo de su ingenuidad.

Se inició el natural asedio; ese intercambio de frases que pasa gradualmente de lo trivial a lo ridículo, bordeando lo sublime. Y por fin, en un atardecer de primavera, en el que ella estaba más linda que nunca y mis palabras traducían el hervir pasional de la sangre, Marisa tuvo la gentileza de apretar levemente mi mano, ponerse encendida como uno de los claveles que reían desde el enrejado de las ventanas y susurrar en mi oído ese «sí» candoroso, que a los hombres nos enloquece con el burbujear de su halago.

Después... nada. Un noviazgo como otro cualquiera.

Como viajante de la Casa «Flores y Cía. S. L.», mis ausencias

eran frecuentes. Y esto, lejos de debilitar nuestras relaciones, daba un renovado encanto a nuestras intermitentes entrevistas.

Nuestras expansiones, sin embargo, se mantenían siempre dentro de la mayor licitud. La visitaba en su casa, dábamos paseos y asistíamos al cine, sin más incidencias destacables que la de dormirme beatíficamente en la butaca cada vez que íbamos a ver una película. He de confesar, no obstante, que no todo era virtud en mi invencible somnolencia: Durante los viajes solía trasnochar más de lo debido, por lo que mi falta de sueño era constante; además, y esto era decisivo, jamás íbamos solos al cine, sino que indefectiblemente nos acompañaba mi futura mamá política. Y esto, a más de serme gravoso, me producía una terrible soñina.

Marisa, que se enfadaba mucho al principio, terminó por no hacerme caso. Me despertaba cuando era inminente el final y luego, camino de casa, me contaba la película.

Así fué pasando el tiempo. Un día Marisa me hizo ver la conveniencia de que nos casáramos. Yo lo comprendí. Y, tras el ceremonial de costumbre, fijamos para fecha próxima la celebración de la boda.

Cuando mis compañeros se enteraron, llegaron a ponerse pesados con sus bromas. Me llamaron loco, suicida y qué sé yo cuantas cosas más. Pero me revestí de paciencia y aguanté, seguro de que si me molestaba iba a ser mucho peor.

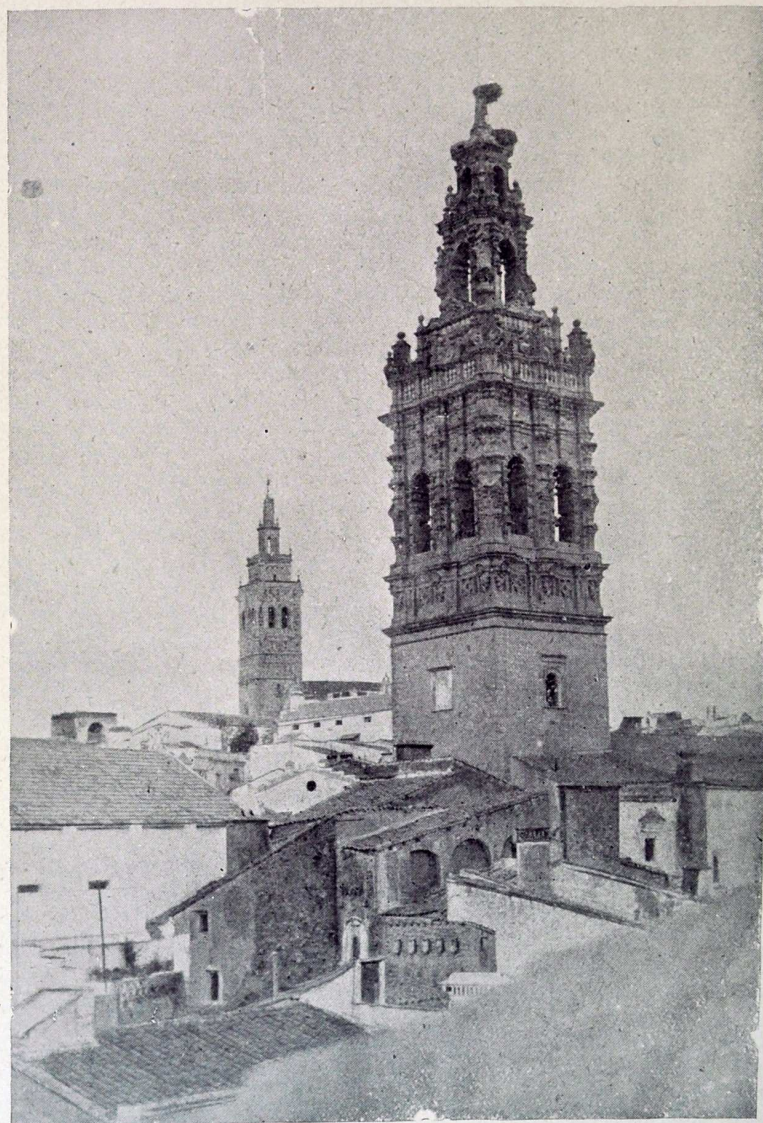
II

Me sorprendió sobre manera aquella llamada urgente de mis Jefes, a hora más bien intempestiva, sobre todo teniendo en cuenta que, a dos días ya de la boda, yo estaba de vacaciones.

—Perdone usted, Sr. Bermúdez, que le hayamos molestado, —me habló D. Severiano, cuando me tuvo ante sí, quitándose y poniéndose las gafas como solía.— Se trata de lo siguiente: Es inaplazable visitar el manicomio de Mardones, cuyo director, según nuestros informes, desea adquirir una gran remesa de material del que nosotros fabricamos. Y hemos pensado en usted como la persona más adecuada para hacer esta visita.

—Sinceramente agradezco esa distinción; pero, como usted sabe, D. Severiano, estoy de vacaciones...

—Si ya lo sé, hijito, si ya lo sé. Y no es nuestro ánimo, ni mucho menos, amargarle esas vacacioncitas, tan justas y merecidas por otra parte. Podíamos enviar a cualquier otro; pero se trata de una misión difícil y de ahí nuestro empeño en que sea usted el que la realice. El director del manicomio está ya en relaciones con Pérez Borrero y se necesita toda su bien probada habilidad para conseguir que la operación la hagamos nosotros. Aparte la buena comisión que ello le significaría, la Dirección lo tendría muy en cuenta para, al reintegrarse usted a la Casa, darle un trabajo más remunerador y en armonía con sus méritos. Piénselo Bermúdez, piénselo; la cosa lo merece.



ALBUM EXTREMEÑO: Jerez de los Caballeros.—Torre barrcca de la iglesia parroquial de San Miguel

—Es que me caso pasado mañana,— argüí ya sin fuerzas, francamente vencido por la tentación de la oferta.

—No importa, hijo,— me atajó D. Severiano, que, al parecer, lo tenía previsto todo.— A las seis de la mañana sale el autobús para Mardones. Dispone de ocho horas para un asunto que puede despachar en una. A las cuatro de la tarde vuelve a tomar el autobús, que le dejará aquí a las seis. Quince minutos para informarme. Y de nuevo queda usted libre.

Algo me molestaba tener que emprender este viaje el día antes de mi boda, sin tiempo, por otra parte, para avisar a Marisa. Pero ¿cuándo se me volvería a presentar una ocasión análoga para situarme bien en la Casa? Por lo demás, Marisa ni me echaría de menos, porque cabía el recurso, cuando terminase mi misión, de tomar un taxi y anticipar el regreso.

Hechas estas reflexiones, durante las que los ojos de D. Severiano se clavaron en mí con fijeza hipnotizadora, me decidí a hablar.

—Bien; siendo así, acepto.

—No esperaba menos de usted,— me dió D. Severiano una palmeta en la espalda. Y a renglón seguido pasó a explicarme minuciosamente el negocio que se me encomendaba.

A las seis en punto salía en el autobús camino de Mardones. De tal forma me embebí en aquel asunto que, incluso, llegué a olvidarme de Marisa, la que a esas horas estaría durmiendo, ajena por completo al malhadado viaje.

No habían dado aún las nueve cuando llegué al manicomio con mi cartera bajo el brazo.

Me recibió un empleado somnoliento, al que hube de saludar en voz alta para que se diera cuenta de mi presencia. Debía de ser nuevo en el establecimiento, porque yo de visitas anteriores no conocía su cara. Le expuse mi deseo de ver al director.

—Tendrá usted que esperar un poco. El Sr. Director no se ha levantado aún.

Y dicho esto, sin dignarse mirarme siquiera, se puso a dormir de nuevo.

Me sorprendió aquello, porque me constaba que D. José, el Director del manicomio de Mardones, era un madrugador empedernido.

—Estará acatarrado,— pensé.

Y como nadie me invitó a sentarme, me puse a pasear por la espaciosa estancia, dando vueltas mentalmente al asunto que traía entre manos.

Cuando más abismado estaba en mis reflexiones, un pisar acompasado y fuerte me vino a sacar de mi abstracción. Un momento después, una pareja de la guardia civil, conduciendo a un paisano, hacía su aparición en la puerta.

—¡Perico!—dió uno de los guardias un manotazo sobre la mesa en que dormitaba el empleado.— Aquí te traemos este «tórtolo». Le ha dado por decir que es viajante y va a volver locas a las Casas que dice representar.

—Está bien. ¿Traéis el parte?

—Sí; aquí lo tienes. No le pierdas de vista; aunque no es peligroso.

Se marcharon los guardias, y Perico, sin fijarse en el «tórtolo», que le habían traído, se puso a leer el parte.

Me pareció un poco absurdo todo aquello. La ausencia de formalismos. La despreocupación de Perico. Aquella prisa de los guardias por marcharse, sin asegurarse previamente de que nada podía ocurrir...

—Posiblemente no es la vez primera que le traen; deben conocerle bien,— me consolé.

Mi desconcierto no tuvo límites cuando Perico se levantó de la silla y salió de la habitación, sin más que esta advertencia:

—Aguarden un momento, que voy a avisar al director.

Me invadió una sensación de pánico al verme entre aquellas cuatro paredes a solas con un loco. Revestido de valor, aparenté una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Me puse a espiar, cautelosamente, sus movimientos. Si intentaba escaparse daría voces para que lo detuvieran, y si pretendía atacarme a mí...

—Han dicho que no es peligroso,— intenté animarme, mientras un sudorcillo molesto traducía mi inquietud.

Me llamó la atención el asombroso parecido de aquel hombre conmigo. De mi misma estatura, con la nariz un poco aguileña, el cabello negro y rizado... Hasta el traje gris, levemente listado, era idéntico al mío.

—¡Pobre! Se conoce que le han dicho que los viajeros visten así,— busqué justificación a este último detalle.

Se me acentuó el sudor nervioso cuando ví que se acercaba a mí con decisión.

—¿A tí también van a encerrarte?— me preguntó.

—No,— balbucí apenas; —yo he venido a ver al director. Soy viajante de «Flores y Cía. S. L.»

Al momento me arrepentí de haber dicho que era viajante; pero ya no tenía remedio.

—¡Qué gracioso!— rió estrepitosamente el loco.— Yo también soy viajante de esa Casa. ¿No ves? Aquí tengo la cartera.—Y cambiando bruscamente de tono:—Le pediré explicaciones a la Casa por estas intromisiones en mi demarcación. ¿Es que no están conformes con mi trabajo? ¡Bien! Te cedo el terreno, porque no estoy dispuesto a viajar más por cuenta de esa gentuza. ¡Adios!

Y me volvió la espalda, dispuesto a marcharse. Cuando llegaba a la puerta y yo me disponía a gritar, apareció en ella un señor, con negra perilla y grandes bigotes, seguido de dos atletas, que deduje serían loqueros, y acompañado de Perico.

—Buenos días, señor director,—habló mi perturbado acompañante.—Venía a hablarle de unos asuntos; pero veo que tiene trabajo. Lo dejaremos para otro día.

—Sí, sí; otro día hablaremos.

Traspuso el umbral y salió.

—¡Que es el loco, que es el loco!—grité, cuando pude reponerme de mi sorpresa.

El director, nuevo también, por lo visto, vaciló un momento. Pero Perico le cogió del brazo y siguieron avanzando en dirección a donde yo estaba.

—Vamos, hijo,—me dijo el director.—Sin violencias. Es solo por tu bien.

Abrí desmesuradamente los ojos. Hice maquinalmente con los brazos unos movimientos extraños, que dieron lugar a que se me aproximaran los loqueros, cuando yo solo intentaba refrescar un poco el copioso sudor en que me estaba anegando.

—Calma, señores, por favor,—intenté poner en orden mis pensamientos.—Les aseguro que yo no soy el loco; el loco es el que se acaba de marchar.

El director interrogó con la mirada a Perico. Ví que aquéllo comenzaba a encauzarse e irreflexivamente agregué en mi defensa:

—Yo soy viajante de la Casa «Flores y Cía. S. L.» y venía...

Perico sonrió con socarrona malicia. El director me miró pasivamente.

—Ya lo sé,—me cogió afectuosamente del brazo.—Pase, pase y hablemos.

Entendí que deseaba llevarme a su despacho y le seguí, pasillo adelante, no sin gran recelo.

A una señal del director, los dos atletas me hicieron pasar a una habitación pequeña, cuya puerta se cerró tras mí. Era evidente que me seguían creyendo loco y me encerraban como tal.

Mi angustiosa desesperación no tuvo límites. Comencé a aporrear en la puerta con todas mis fuerzas y a vocear en el tono más alto que mis sanos pulmones permitían.

—Éstais en un error. Esto es una tremenda injusticia. El loco de verdad es el que se ha escapado. Os juro que soy viajante de «Flores y Cía. S. L.»

Me asaltó, de improviso, el recuerdo de Marisa, con la que había de casarme al día siguiente. Y esta nueva preocupación, más terrible aún que la anterior, me atenazó, hasta retorcerme, con su implacable mordedura.

—¡Por Dios y por todos los santos del cielo!—se quebró mi voz en una súplica.— ¡Tened compasión de mí! Mañana me he de casar. Necesito coger el autobús de las cuatro.

Nadie atendía mis lamentos; por lo que volví a aporrear la puerta, al par que lanzaba contra mis verdugos los mayores improperios.

Se abrió la puerta al fin, y aparecieron en ella los dos fornidos loqueros.

—¿Se aclaró ya el error?—pregunté con ansiedad.

Sin decir una palabra me colocaron una camisa de fuerza, en la que, para mayor irritación, ví con toda claridad la roja marca de «Flores y Cía. S. L.»

Tendido en el suelo y reducidos mis brazos a impotencia, mis

pensamientos galoparon, a su antojo, por los más encontrados vericuetos.

—Se aclarará todo y me dejarán salir,—me repetía machaconamente, convertida en idea fija mi obsesión.

Y ya me conformaba con que todo se aclarara antes de las cuatro de la tarde.

La escasa luz que entraba por la estrecha ventanita, comenzó a tornarse opaca con las sombras del atardecer. Era evidente que se acercaba la noche. La catástrofe ya no tenía remedio.

Y rompí a llorar desconsoladamente.

III

—¡Arturo! ¡Arturo!—oí que me llamaban, mientras alguien me cogía del brazo.

—Ya es inútil. No puedo casarme. Prefiero seguir aquí.

—Pero, ¿qué dices, Arturo? ¿Tú le oyes, mamá?

—¡Marisaj ¡Marisa! ¿Eres tú? ¿Verdad que no estoy loco? ¿Verdad que vamos a casarnos?

Me cegó como una llamarada de luz...

Entonces me di cuenta, con gran contento por mi parte, de que una vez más me había dormido en el cine.

Los espectadores, que ya salían, reían, regocijados, mi sobresaltado despertar.



Tres sonetos

En soledad y ausencia

A medida que el tiempo va pasando
mi cariñoso afecto va creciendo,
tu imagen en mi ser se va extendiendo
y tu recuerdo el corazón gozando.

Nunca supe por qué, cómo ni cuándo
esta lumbre de amor se fué encendiendo;
sólo sé que mi alma miro ardiendo
y su llama mi vida va alumbrando.

Ausencia purifica mi cariño;
le da la simple candidez del niño
mi soledad es un deslumbramiento

de esa visión de ensueño luminosa
que copia tu figura vaporosa
y la fija en mi ardiente pensamiento.

MANUEL MONTERREY

Cáceres, lejana

Te guardo en mi memoria embellecida
como una luna muerta, bajo una
claridad espectral que no es de luna,
sino de muerte humana y dolorida.

A cristal y dolor suena tu vida,
a tiempo en soledad que el viento acuna,
si, músico silencio, pulsa alguna
mano tu clara lámina bruñida.

Tienes luz de joyel y eres apenas
sombra de sombras, frágil telaraña
de sueños que soñaron otros hombres;

una redonda voz que sola sueñas
en el aire encendido que fué España,
donde quiero, olvidada, que me nombres.

EUGENIO FRUTOS

Cuando vuelvas...

Cuando te vayas algo se habrá roto
en el fondo más íntimo de mi alma.
Algo se habrá apagado que ahora brilla,
algo se habrá callado que ahora canta.

Te esperaré como se espera el día
tras una noche de dolor; con ansia.
Saldré a buscarte con temblor de estrellas;
vendrá contigo, como siempre, el alba.

Guarda en el fondo de tus ojos limpios
el templado fulgor de mi mirada.
Guarda en tu pecho mi palabra amiga.

Y cuando vuelvas a vivir conmigo
trae con el aura de tu voz amada
la risa dulce que a vivir convida.

SANTOS SÁNCHEZ-MARÍN